

Los artículos de interés general se publicarán gratuitamente. Los de interés particular, atendidos a su importancia, se publicarán con cargo. Unas y otras deberán remitirse a las p. s. n. No se devolverán los críticos, publicaciones o artículos.

MONTEVIDE—Lunes 5 de Octubre de 1899

EL SIGLO

Descuidos judiciales

No es decir nada nuevo el decir que nuestra organización judicial dejó mucho que desear.

Sin entrar en lo relativo a la organización en la parte administrativa, es decir, a saber qué empleados faltan y qué empleados sobran, nos traerá la morosidad en los procesos para ejercer sendas columnas de diario y sendos capítulos de libros.

Y donde más cincuenta, donde más clama el cielo

una morosidad en los procesos criminales,

que las diligencias judiciales solo tienen el carácter de la vida, de la seguridad pública,

que cuanto se denuncia de la morosidad en los procedimientos judiciales y de la eternidad de la causa.

Este es perjudicial no solamente para la videnta pública sino para los mismos criminales.

En el primer caso, cuando la pena no se produzca al rato del atentado, no solo pierde gran parte de su efecto, sino que encuentra a la opinión fría, aliada ya del hecho y dispuesta a la benevolencia. En el segundo caso, aparte de la expectativa intranquila en que se tiene al preso, inocente o culpable, respecto de suerte, se le originan serios perjuicios al comparecer ante la audiencia.

Si la causa desvirtúa seis años en sentenciarse,

como pasa actualmente en la de los bolcheviques,

que son seis años como tres y en vez de darle una de prisión a quién los condena la pena, los reos quedan para treinta y tres en la penitenciaría.

Son verdaderamente lamentables estas injusticias de nuestra justicia, pero no paran de repetir. Llegamos al tema y objeto principal de este año.

El consejo Penitenciario, cuya dedicación, o cuando menos la de algunos de sus miembros, es digna de todo encomio, venía hace tiempo apresurándose de que los jueces del Crimen solían hacer mal el cálculo de los años de prisión mientras dura la tramitación de la causa, para descontarlos de los de Penitenciaría a que se confió la causa, y resolvieron en vista de esto

que se haga de estos seis años al sistema de los bolcheviques,

que son seis años como tres y en vez de darle una de prisión a quién los condena la pena, los reos quedan para treinta y tres en la penitenciaría.

Son verdaderamente lamentables estas injusticias de nuestra justicia, pero no paran de repetir. Llegamos al tema y objeto principal de este año.

El Dr. Pappo, cumpliendo con su deber, trató de desvelarlos, pero siendo imponente para ello, pidió auxilio concursando el oficial Gijón, el sargento Karts y varios guardias civiles.

Cuando llegó este auxilio, ya la manifestación había pasado a la 3.ª sección, calle Arepe y San José, donde se les intimó inmediatamente de desistir de su actividad y se les permitió y aplaudió hasta algunas pasadas. Es digno de mencionar Faloni, quien hizo una deliciosa mención de su rol de fotógrafo ambulante.

Los párrafos que acabamos de transcribir de los partes policiales demuestran que los comisarios después de atentar contra ciudadanos inertes, atentan contra la verdad, pues es absolutamente falso, que antes de que la policía asumiera la torpe actividad que asumió, se hiciera oír un solo grito. En la calle 18 de Julio especialmente la columna marchaba en silencio, como perfectamente lo saben los comisarios aunque digan lo contrario.

Los gritos graves que se oyeron en la calle de San José, fueron como los denunciados en otra parte, que daban al comisario y los oficiales

diciéndole que "querían less", a los que formaban el grupo, y los que los mismos funcionarios y los guardias civiles daban al descubrir, aguantando, creyendo sin duda que los hechos no se producían.

Pero al asombrar. El ha enviado una segunda denunciando más de treinta casos ocurridos en el último año, en que se ha hecho real el complot de los años, y pide, en vista de ellos que se recomienda más cuidado a los señores jueces.

¿Qué tal?

Se dirá que se trata de criminales, de seres a parte, cuya suerte no debe importar mucho; pero al balanza de l'henri? ¿Para qué brilla el sol?

Para que se la mienta y se la exhiba tanto.

La justicia debe ser siempre justicia, y los derechos del pensado deben encontrar amparo en ella.

EL ATENTADO POLICIAL

LO QUE DICE EL DR. MELIAN

LO QUE DICEN ELLOS

Toda la prensa, con las excepciones que siempre han usado se trata de corrijo a los que consideran que el atropello inconsideradamente a ciudadanos indefensos... — toda la prensa, decimos, condena los procedimientos brutales de la policía contra el grupo de amigos que deseaba acompañar hasta su domicilio el doctor Melian Lafinur.

Todos a una echan sobre los empleados policiales la responsabilidad de lo que sucedió, y esta opinión es también la del doctor Melian Lafinur, quien reportó sobre el asunto su dicho lo siguiente:

“R.—Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—Sí, señor. Al terminar la conferencia el Club Bilbao me propuse acompañar hasta mi domicilio, como demostración de simpatía. Yo rebufo tal distinción, recordando que la disposición policial que prohíbe la remesa, pero tanto se me insinúa que, basta la condición de desmoronar a la menor intención de la autoridad, sal del Club seguido de un grupo numeroso de personas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la calle 18 de Julio y Quayagu se nos presentó un agente de la policía montado a caballo, a quien no conocí.”

R.—Recuerda usted las señas? —le interrum-

pó.

Dr. L.—Sí, señor; rabio y grueso.

R.—Es el oficial Pappo, de la 4.ª sección.

Dr. L.—Bien. Se encaro con nosotros el reñido oficial y preguntó quién era y adonde me dirigía, contestándole con estas palabras textuales: “Son un ciudadano que vengo de una conferencia en el Club Liberal Francisco Bilbao, y que me dirijo a mi casa”.

El oficial Pappo, que se disponía a seguirlo,

se presentó nuevamente la policía y la columna no fue interrumpida. El resultado se produjo en la esquina de Avenida Almirante Brown y la calle Independencia. Allí hubo una pelotón de guardias civiles, que procedió a dispersar el grupo. Yo, que sé que vienes que no servía de bandera para promover desórdenes, traté de alejarme de aquél solo, entrando con otros acompañantes en un cañón situado en la calle Independencia y San José. Allí, entre que temblaba el conflicto y me retorciéndome a mi casa.

R.—No se enteró entonces de la manera como procedió la autoridad?

Dr. L.—No, señor. Lo único que pude decir es que la柱nica se presentó y procedió después el oficial Pappo, y creo que el tío mucha parte de lo que te trae hoy.

R.—¿Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—Sí, señor. Al terminar la conferencia el Club Bilbao me propuse acompañar hasta mi domicilio, como demostración de simpatía. Yo rebufo tal distinción, recordando que la disposición policial que prohíbe la remesa, pero tanto se me insinúa que, basta la condición de desmoronar a la menor intención de la autoridad, sal del Club seguido de un grupo numeroso de personas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la calle 18 de Julio y Quayagu se nos presentó un agente de la policía montado a caballo, a quien no conocí.”

R.—Recuerda usted las señas? —le interrum-

pó.

Dr. L.—Sí, señor; rabio y grueso.

R.—Es el oficial Pappo, de la 4.ª sección.

Dr. L.—Bien. Se encaro con nosotros el reñido oficial y preguntó quién era y adonde me dirigía, contestándole con estas palabras textuales: “Son un ciudadano que vengo de una conferencia en el Club Liberal Francisco Bilbao, y que me dirijo a mi casa”.

El oficial Pappo, que se disponía a seguirlo,

se presentó nuevamente la policía y la columna no fue interrumpida. El resultado se produjo en la esquina de Avenida Almirante Brown y la calle Independencia. Allí hubo una pelotón de guardias civiles, que procedió a dispersar el grupo. Yo, que sé que vienes que no servía de bandera para promover desórdenes, traté de alejarme de aquél solo, entrando con otros acompañantes en un cañón situado en la calle Independencia y San José. Allí, entre que temblaba el conflicto y me retorciéndome a mi casa.

R.—No se enteró entonces de la manera como procedió la autoridad?

Dr. L.—No, señor. Lo único que pude decir es que la柱nica se presentó y procedió después el oficial Pappo, y creo que el tío mucha parte de lo que te trae hoy.

R.—¿Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—Sí, señor. Al terminar la conferencia el Club Bilbao me propuse acompañar hasta mi domicilio, como demostración de simpatía. Yo rebufo tal distinción, recordando que la disposición policial que prohíbe la remesa, pero tanto se me insinúa que, basta la condición de desmoronar a la menor intención de la autoridad, sal del Club seguido de un grupo numeroso de personas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la calle 18 de Julio y Quayagu se nos presentó un agente de la policía montado a caballo, a quien no conocí.”

R.—Recuerda usted las señas? —le interrum-

pó.

Dr. L.—Sí, señor; rabio y grueso.

R.—Es el oficial Pappo, de la 4.ª sección.

Dr. L.—Bien. Se encaro con nosotros el reñido oficial y preguntó quién era y adonde me dirigía, contestándole con estas palabras textuales: “Son un ciudadano que vengo de una conferencia en el Club Liberal Francisco Bilbao, y que me dirijo a mi casa”.

El oficial Pappo, que se disponía a seguirlo,

se presentó nuevamente la policía y la columna no fue interrumpida. El resultado se produjo en la esquina de Avenida Almirante Brown y la calle Independencia. Allí hubo una pelotón de guardias civiles, que procedió a dispersar el grupo. Yo, que sé que vienes que no servía de bandera para promover desórdenes, traté de alejarme de aquél solo, entrando con otros acompañantes en un cañón situado en la calle Independencia y San José. Allí, entre que temblaba el conflicto y me retorciéndome a mi casa.

R.—No se enteró entonces de la manera como procedió la autoridad?

Dr. L.—No, señor. Lo único que pude decir es que la柱nica se presentó y procedió después el oficial Pappo, y creo que el tío mucha parte de lo que te trae hoy.

R.—¿Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—Sí, señor. Al terminar la conferencia el Club Bilbao me propuse acompañar hasta mi domicilio, como demostración de simpatía. Yo rebufo tal distinción, recordando que la disposición policial que prohíbe la remesa, pero tanto se me insinúa que, basta la condición de desmoronar a la menor intención de la autoridad, sal del Club seguido de un grupo numeroso de personas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la calle 18 de Julio y Quayagu se nos presentó un agente de la policía montado a caballo, a quien no conocí.”

R.—Recuerda usted las señas? —le interrum-

pó.

Dr. L.—Sí, señor; rabio y grueso.

R.—Es el oficial Pappo, de la 4.ª sección.

Dr. L.—Bien. Se encaro con nosotros el reñido oficial y preguntó quién era y adonde me dirigía, contestándole con estas palabras textuales: “Son un ciudadano que vengo de una conferencia en el Club Liberal Francisco Bilbao, y que me dirijo a mi casa”.

El oficial Pappo, que se disponía a seguirlo,

se presentó nuevamente la policía y la columna no fue interrumpida. El resultado se produjo en la esquina de Avenida Almirante Brown y la calle Independencia. Allí hubo una pelotón de guardias civiles, que procedió a dispersar el grupo. Yo, que sé que vienes que no servía de bandera para promover desórdenes, traté de alejarme de aquél solo, entrando con otros acompañantes en un cañón situado en la calle Independencia y San José. Allí, entre que temblaba el conflicto y me retorciéndome a mi casa.

R.—No se enteró entonces de la manera como procedió la autoridad?

Dr. L.—No, señor. Lo único que pude decir es que la柱nica se presentó y procedió después el oficial Pappo, y creo que el tío mucha parte de lo que te trae hoy.

R.—¿Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—Sí, señor. Al terminar la conferencia el Club Bilbao me propuse acompañar hasta mi domicilio, como demostración de simpatía. Yo rebufo tal distinción, recordando que la disposición policial que prohíbe la remesa, pero tanto se me insinúa que, basta la condición de desmoronar a la menor intención de la autoridad, sal del Club seguido de un grupo numeroso de personas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la calle 18 de Julio y Quayagu se nos presentó un agente de la policía montado a caballo, a quien no conocí.”

R.—Recuerda usted las señas? —le interrum-

pó.

Dr. L.—Sí, señor; rabio y grueso.

R.—Es el oficial Pappo, de la 4.ª sección.

Dr. L.—Bien. Se encaro con nosotros el reñido oficial y preguntó quién era y adonde me dirigía, contestándole con estas palabras textuales: “Son un ciudadano que vengo de una conferencia en el Club Liberal Francisco Bilbao, y que me dirijo a mi casa”.

El oficial Pappo, que se disponía a seguirlo,

se presentó nuevamente la policía y la columna no fue interrumpida. El resultado se produjo en la esquina de Avenida Almirante Brown y la calle Independencia. Allí hubo una pelotón de guardias civiles, que procedió a dispersar el grupo. Yo, que sé que vienes que no servía de bandera para promover desórdenes, traté de alejarme de aquél solo, entrando con otros acompañantes en un cañón situado en la calle Independencia y San José. Allí, entre que temblaba el conflicto y me retorciéndome a mi casa.

R.—No se enteró entonces de la manera como procedió la autoridad?

Dr. L.—No, señor. Lo único que pude decir es que la柱nica se presentó y procedió después el oficial Pappo, y creo que el tío mucha parte de lo que te trae hoy.

R.—¿Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—Sí, señor. Al terminar la conferencia el Club Bilbao me propuse acompañar hasta mi domicilio, como demostración de simpatía. Yo rebufo tal distinción, recordando que la disposición policial que prohíbe la remesa, pero tanto se me insinúa que, basta la condición de desmoronar a la menor intención de la autoridad, sal del Club seguido de un grupo numeroso de personas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la calle 18 de Julio y Quayagu se nos presentó un agente de la policía montado a caballo, a quien no conocí.”

R.—Recuerda usted las señas? —le interrum-

pó.

Dr. L.—Sí, señor; rabio y grueso.

R.—Es el oficial Pappo, de la 4.ª sección.

Dr. L.—Bien. Se encaro con nosotros el reñido oficial y preguntó quién era y adonde me dirigía, contestándole con estas palabras textuales: “Son un ciudadano que vengo de una conferencia en el Club Liberal Francisco Bilbao, y que me dirijo a mi casa”.

El oficial Pappo, que se disponía a seguirlo,

se presentó nuevamente la policía y la columna no fue interrumpida. El resultado se produjo en la esquina de Avenida Almirante Brown y la calle Independencia. Allí hubo una pelotón de guardias civiles, que procedió a dispersar el grupo. Yo, que sé que vienes que no servía de bandera para promover desórdenes, traté de alejarme de aquél solo, entrando con otros acompañantes en un cañón situado en la calle Independencia y San José. Allí, entre que temblaba el conflicto y me retorciéndome a mi casa.

R.—No se enteró entonces de la manera como procedió la autoridad?

Dr. L.—No, señor. Lo único que pude decir es que la柱nica se presentó y procedió después el oficial Pappo, y creo que el tío mucha parte de lo que te trae hoy.

R.—¿Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—Sí, señor. Al terminar la conferencia el Club Bilbao me propuse acompañar hasta mi domicilio, como demostración de simpatía. Yo rebufo tal distinción, recordando que la disposición policial que prohíbe la remesa, pero tanto se me insinúa que, basta la condición de desmoronar a la menor intención de la autoridad, sal del Club seguido de un grupo numeroso de personas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a la calle 18 de Julio y Quayagu se nos presentó un agente de la policía montado a caballo, a quien no conocí.”

R.—Recuerda usted las señas? —le interrum-

pó.

Dr. L.—Sí, señor; rabio y grueso.

R.—Es el oficial Pappo, de la 4.ª sección.

Dr. L.—Bien. Se encaro con nosotros el reñido oficial y preguntó quién era y adonde me dirigía, contestándole con estas palabras textuales: “Son un ciudadano que vengo de una conferencia en el Club Liberal Francisco Bilbao, y que me dirijo a mi casa”.

El oficial Pappo, que se disponía a seguirlo,

se presentó nuevamente la policía y la columna no fue interrumpida. El resultado se produjo en la esquina de Avenida Almirante Brown y la calle Independencia. Allí hubo una pelotón de guardias civiles, que procedió a dispersar el grupo. Yo, que sé que vienes que no servía de bandera para promover desórdenes, traté de alejarme de aquél solo, entrando con otros acompañantes en un cañón situado en la calle Independencia y San José. Allí, entre que temblaba el conflicto y me retorciéndome a mi casa.

R.—No se enteró entonces de la manera como procedió la autoridad?

Dr. L.—No, señor. Lo único que pude decir es que la柱nica se presentó y procedió después el oficial Pappo, y creo que el tío mucha parte de lo que te trae hoy.

R.—¿Quiere explicarnos cómo ocurrió el hecho que tanto se comenta?

Dr. L.—S

